

En busca del tridente

Un niño de quince años llamado Héctor tenía la misma aventura todas las noches: soñaba que era una especie de misionero y tenía que conseguir un tridente que había sido escondido por Jericó, el hombre que quería adueñarse del mundo. Para salvar a la humanidad tenía que seguir las indicaciones de un mapa que le entregaba un niño, a quien no lograba ver el rostro en el sueño. Después de seguir las indicaciones del mapa y conseguir el tridente, tenía que matar a Jericó; siempre con la ayuda del niño cuyo rostro no lograba ver en los sueños. En éstos siempre fracasaba, Jericó vencía y se adueñaba del mundo.

El viernes fue un día muy extraño para Héctor, porque aquella noche no había tenido el sueño que se repetía todas las noches, pero tampoco le dio mucha importancia, pensó:

-Sólo es un sueño...

En el instituto, a la hora de tutoría, la profesora Watson les presentó a toda la clase un niño nuevo llamado Óscar. Héctor se lo quedó mirando durante toda la hora, porque a él le sonaba de haberlo visto en algún sitio, pero no lograba recordar dónde. A la hora del patio, Héctor se acercó a Óscar, y le preguntó:

-¿Te conozco de algo?

Y Óscar le contestó, todo lanzado, sin responderle a la pregunta:

-Quedamos después del colegio a las 18:00 h en la montaña de este pueblo, la que nadie pisa por su misteriosa leyenda... Es muy importante, no faltes...

Y Héctor, con rostro asustado y voz temblorosa, le dijo:

-Vale, si es tan importante allí estaré.

Después de esa corta conversación, Héctor se dio media vuelta y se fue. Todo lo que quedó de clase estuvo pensando en qué interés podría tener Óscar en él.

De camino hacia casa, Héctor, seguía dándole vueltas a la breve conversación con Óscar. En casa, más tranquilo, empezó a darse cuenta de que el misterioso niño tenía algo que ver con su sueño, y pensó:

-Podría ser el chico cuyo rostro no logro ver en el sueño...

Pero él mismo se dijo:

-Esto es absurdo, los sueños sólo son sueños...

Cuando ya fueron las 17:00 h se preparó para subir a la montaña, donde Óscar le había citado. Durante el ascenso se sentía extraño, estuvo a punto de retroceder, pero algo en su interior le decía que no debía hacerlo, que debía seguir adelante pasase lo que pasase.

Cuando llegó al punto de encuentro, miró a Óscar fijamente, como si algo le uniera a él; después de esa profunda mirada, Héctor se acercó, Óscar le agarró por los hombros y le dijo:

-Escúchame atentamente, esto es un tema muy serio que te pertenece a ti, tú has sido el elegido para luchar contra Jericó, el hombre que se quiere apoderar de toda la humanidad. ¡Quiere conquistar el mundo y nosotros lo tenemos que impedir!

Héctor, tras esa breve explicación, se sintió con fuerzas suficientes para salvar a toda la humanidad, se dio cuenta de que los sueños no sólo eran sueños... y le contestó:

-Me siento con muchas fuerzas para introducirme en esta peligrosa aventura, pero... necesito entrenarme.

Óscar le contestó:

-Sí, estarás dos meses aproximadamente con un duro entrenamiento, pero tranquilo, el espíritu de guerrero y luchador lo llevas en la sangre, por eso has sido el elegido, no te preocupes, yo siempre estaré para ayudarte.

Héctor se sentía un poco asustado, pero con el valor y la fuerza dentro de él para no rendirse, y le dijo:

-Vamos, Óscar, estoy preparado.

Éste le guio hasta el lugar donde él mismo lo entrenaría para prepararse, y así fue, entrenó día y noche, hasta que un día Héctor no pudo más, se sentía agotado, y Óscar le dio unos días de descanso para recuperar fuerzas y poder seguir con el entrenamiento.

En el transcurso de los dos meses agotadores, Óscar y Héctor trabaron mucha amistad, se dieron cuenta de que tenían muchas cosas en común. Óscar le contaba batallas apasionantes de sus experiencias como elegido para apartar el mal del mundo. Cuando terminó el entrenamiento, Óscar le entregó el mapa para llegar hasta el tridente; el mapa le indicaría los sitios para llegar hasta él: el primer destino que indicaba era una mina que habían abandonado hacía muchísimos años en Las Vegas, necesitaban ir allí para conseguir un medallón que les abriría las puertas hacia el otro destino indicado en el mapa. Se dirigieron hacia allí y cuando llegaron, lo primero que vieron fue una vagoneta, seguida por una larga vía. Se subieron a la vagoneta para inspeccionar un poco y, de repente, ésta comenzó a ponerse en marcha, ellos no se lo esperaban, dieron un bote del susto. La vagoneta iba a una velocidad de vértigo, dieron una larga vuelta hasta volcar en un sitio repleto de medallones; se levantaron del suelo y se quedaron mirando a su alrededor: estaba todo repleto de medallones de colores extremadamente brillantes.

Se miraron el uno al otro y Héctor le dijo a Óscar:

-Y ahora, ¿cómo sabremos cuál es el medallón adecuado?

-No te preocupes, el medallón es de oro brillante, ahora busquémoslo.

Se pusieron a inspeccionarlo todo y a cavar, hora tras hora, sin resultado. Mientras seguían buscando, una voz espeluznante les dijo:

-Salid inmediatamente de mi mina, estos son mis tesoros, ¡fuera! Óscar y Héctor sacaron las armas, se giraron y empezaron a luchar. Sólo era una persona y no fue difícil vencerle.

Siguieron buscando hasta que al fin encontraron el medallón adecuado, se abrazaron y abrieron el mapa para ver su próximo destino, éste les indicaba un castillo en medio de la montaña del Everest.

Se dirigieron hacia allí y cuando llegaron vieron una enorme puerta que abrieron con el medallón encontrado en la mina, se pusieron a buscar el tridente por todo el castillo. Óscar encontró un baúl, lo abrió y allí estaba el tridente, llamó a Héctor y le gritó:

-¡Aquí está, aquí está!

Héctor fue corriendo hacia donde estaba Óscar, le entregó el tridente y le dijo:

- Es la hora de la verdad.

Salieron del castillo y se encontraron con Jericó, quien se lanzó hacia ellos para quitarles el tridente, pero Héctor lo inclinó y se lo clavó en el pecho. Jericó murió y Óscar y Héctor se dieron un abrazo por la victoria. Habían salvado a la humanidad y se había forjado una buena amistad entre ellos.

Ivana Jiménez, Álex Vera y José Catalán